

LA NOVIA
DEL OBISPO

La novia del obispo

© 2023 Eugenia Tusquets y Marga Iriarte

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Marc Owen/ Trevillion Images

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: M-7192-2023

ISBN: 978-84-19386-33-5

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

EUGENIA TUSQUETS
MARGA IRIARTE

LA NOVIA
DEL OBISPO



Libros de
seda

Nota aclaratoria

En esta novela, los personajes que aparecen son el resultado de un argumento de ficción, producto de la imaginación de las autoras. Los hechos que se narran, objeto de la investigación de la periodista y la policía, están inspirados en sucesos reales relacionados con casos de pederastia, pedofilia y trata de menores.

*

La novia del obispo es una novela de amor envuelta en una trama criminal. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura coincidencia.

Raquel



Hoy se cumplen cuatro meses desde que Raquel conoció a David. Ha cambiado tanto su vida que a veces cree que ya no es la misma, que alguien mejor que ella, alguien que tenía un corazón lleno de generosidad y empatía, se lo ha regalado para sustituir al que palpitaba en su interior antes de conocerlo a él. A veces se siente incapaz de transmitirle la verdadera magnitud de su suerte. Claro que podría hacerle partícipe de estos pensamientos, pero las palabras se las puede llevar el viento; su deseo es que estas sensaciones actuales le sirvan a ella de recordatorio del fenómeno que se ha operado en su espíritu, tan distinto a todo lo que ha vivido hasta ahora. Tiene la impresión, muy patente, de que ya no hay vuelta atrás, de que ni siquiera la muerte

logrará poner punto final a esta unión. Aunque espera que la muerte tenga la amabilidad de llegar dentro de muchos años, cuando ambos estén compartiendo su vejez al abrigo de este presente y lejos de un pasado que llevará la marca del desafío al mundo, a una sociedad que echará piedras sobre ellos y señalará esa tonsura que ahora lo delata.

Raquel ha decidido tomarse el día libre con el ánimo de acabar una evaluación psiquiátrica que debe entregar en breve, pero, sobre todo, para reflexionar sobre su situación. Se ha instalado en el despacho soleado donde recibe a los pacientes de psiquiatría. Su zona de trabajo tiene dos espacios bien diferenciados: el que ocupa ahora y una salita contigua, más oscura, perfecta para las sesiones —esas más discretas— en las que ejerce sus dotes de vidente y médium. El estudio que está escribiendo y va a ser publicado por la revista médica en la que colabora trata precisamente de las transformaciones, incluso físicas, que pueden presentarse tras un cambio emocional profundo. Poco puede añadir a su propia experiencia, a todo lo que está experimentando desde que ha conocido a David. Nunca habría imaginado que se pudiera amar con una intensidad capaz de desintegrar cualquier obstáculo. Porque lo ama.

O mejor: lo quiere. Amar siempre le ha parecido un verbo redicho, de película cursi de los años cincuenta. Prefiere hablar de «querer» porque eso implica el deseo de poseer, de adentrarse en el otro con todos los sentidos, con el conocimiento pleno de experimentar una pasión voluptuosa, animal, absoluta...

Ella se crio con una mujer caprichosa de origen alemán que nunca se integró del todo en España, obsesionada por la música y descuidada en todo lo demás. Es consciente de que David nada tiene que ver con un entorno así; él creció en una familia devota y conservadora, típica de la Cataluña del momento. Ambos proceden de dos mundos muy distantes que colisionaron para fundirse y crear un universo nuevo, una tarde en las montañas de Montserrat. Él le habló de su infancia y juventud con los *boy scouts*, de su paso por el seminario y de las canciones que recordaba y que a veces le escucha cantar cuando se afeita: «*Tot està bé, senyora baronesa...*».

El Dios en el que él cree les ha enviado un ángel para enseñarles el camino al paraíso. Al contrario de lo que ocurrió con el pecado de Adán y Eva, que los expulsó del Edén, ellos han convertido su amor en virtud, porque al aceptarlo están renunciando a una vida cómoda,

a un futuro económico asegurado; están dando la espalda a todo lo que les representaba en esta sociedad paca-ta. Raquel nunca había pensado que pudiera existir esta clase de amor, la que exige renuncia y sacrificio, no solo goce y satisfacción. Hay algo místico y profundo en sus mutuos sentimientos, algo que perdurará hasta el día en que, con las manos unidas, arrugadas y manchadas por la edad, se miren a los ojos para despedirse de la vida y emprender juntos otra existencia no terrenal. Se pregunta hoy si debe darle tantas vueltas a la idea de la muerte. Pero durante toda la jornada ha sentido la pulsión de acercarse a ella, como si fuera una amiga a la que necesitara conocer mejor. Las creencias cristianas de David hablan de resurrección; las de ella, las pocas que tiene, le proporcionan una fe ciega en la continuidad de la consciencia después de la muerte.

Tiene la sensación, muy intensa, de que en otro universo inmaterial, en un espacio de tiempo eterno, seguirá unida a David, oirá sus carcajadas, tan infantiles y seductoras, notará sus manos sobre los hombros, como cuando intentó besarla por primera vez. Porque lo hizo con tal candor y sencillez que a ella no se le ocurrió más que esquivar su gesto, levantar la cabeza y besarle en los labios, primero suavemente y después

ofreciendo la boca, segura de que iba a entenderla, de que aceptaría que en ella el efecto y la causa se diluían para convertirse en un hecho definitivo: un amor sin principio ni fin.

Al día siguiente se empeñó en comprarle una camisa color salmón y un jersey azul marino. «¡Por favor, no quiero verte más con el alzacuellos, no te favorece nada!», le dijo con una sonrisa. Y luego, frente a unas cervezas en un bar de las Ramblas, le propuso irse a Málaga, tal vez definitivamente, ¿por qué no?, a la casa que había heredado de sus abuelos en Casares. Allí nadie lo reconocería, y de Raquel solo saben que es «médica de la cabeza».

Quizá se esté precipitando, necesita tiempo para reflexionar sobre lo que representará este cambio: haberla conocido. Es una verdadera revolución la que David está viviendo. Tras aquella primera noche de pasión, su vida suspendió todas las leyes físicas, venció las sagradas normas de su universo y provocó el caos emocional en los dos. Es asombrosa la intensidad del vínculo que se ha creado tan rápidamente entre ellos, teniendo en cuenta lo muy surrealista que le pareció al principio la profesión de David, la ex vocación, como asegura él ahora.

De todos modos, oficialmente es aún obispo, y a ambos les consta que la vida de honores y gloria caducará en el instante en el que salga del palacio episcopal y se mude a vivir con ella. Su valentía la emociona. Esa entrega al amor sin anteponer miedos y perjuicios futuros es una heroicidad, y Raquel la valora sin reservas. ¡Quién iba a imaginar que le esté pasando todo esto a ella! A la cancerbera de su propio corazón, siempre ocupada en mantener presos los sentimientos y menospreciar el amor. Porque es cierto, se lo ha dicho muchas veces, aunque él parece no creerla del todo: Raquel nunca había estado enamorada. Antes de conocerlo, se miraba en el espejo de su madre y se decía a sí misma: «Jamás caeré en las garras de una pasión amorosa, no hay hombre que merezca mis desvelos ni mis lágrimas». Y ahora, sin embargo, se estremece cuando piensa en él, cuando recuerda cada uno de esos momentos sublimes en la cama, jugando, porque es un juego entre cachorros que descubren la vida; es sexo, claro, pero sobre todo, es amor, y siente que le invade una felicidad hasta ahora desconocida.

En ocasiones se pregunta cómo ha podido vivir tantos años anestesiada, sin la magnitud de estas sensaciones que ahora le son imprescindibles. Se lo pregunta,

pero no le apetece demasiado contestarse. Comprende mejor que nunca, eso sí, su obsesivo interés por la mente humana, esa imposibilidad de desenchufar el cable de su propia vocación, que ha estado siempre presente, a veces de una forma brumosa, pero dictando en todo momento los pasos que debía seguir. Se da cuenta de que, más allá de un objetivo de estudio, en realidad escarbaba para buscarse a sí misma. Creía que las emociones eran un mecanismo biológico y químico, que todo se podía explicar, que las alucinaciones, delirios e incluso esos casos de posesión satánica que se empeñó en investigar, eran efectos a medio camino entre la sugestión y la química cerebral. Y ¿qué ha descubierto ahora con él? Que existe una conexión espiritual inexplicable entre algunas personas. Nada que la ciencia pueda demostrar.

Se alegra hoy, esta tarde, de dejar atrás aquella visión materialista que la carcomía y la transformaba en una mujer recelosa y desconfiada. Atribuía su soledad a las ocupaciones profesionales: la consulta, el hospital, el estudio, las publicaciones científicas..., y siempre tenía alguna justificación a fin de evitar enfrentarse al autoengaño. La ilusión de que era capaz de analizar la conducta humana, e interpretarla, actuaba de parapeto,

porque nunca se llega al meollo de por qué el ser humano reacciona de una manera u otra. Se aferró al realismo depresivo, que no es más que un refugio para cobardes: con un pie en la filosofía y el otro en la psiquiatría, acababa diciendo que la tristeza, la falta de ánimo cercana a la depresión, incluso la propia depresión, fomentan el pensamiento crítico y el escepticismo, herramientas muy necesarias para no caer en la autoindulgencia y ser así pasto de la manipulación. La negatividad no la ayudaba a encajar en la sociedad. Huía de los tontos alegres, esa clase de gente que cree que el mundo está lleno de bondades y afectos porque es la única manera que tienen de aceptar la realidad, un territorio ocupado por los intereses y la depredación.

La benevolencia o la crueldad del tiempo, desde que está con David, hacen que ella misma se sienta cada día un poco más tonta alegre. Porque confía en él, en su bondad, porque mira a su alrededor y ve gente generosa, personas que son capaces de prestarse ayuda mutua. Siente agradecimiento y, a la vez, se avergüenza de todo lo que ha vivido últimamente en la secta de Samael. Sí, se arrepiente de haber sido la inductora, la que convenció al obispo para que la acompañara a las celebraciones de aquel grupo. Ella se había infiltrado

con la intención de investigar el perfil psicológico de las personas proclives a entrar en sectas, sin plantearse nada más, casi como un juego... interesante, pero juego. Sin embargo, él, un hombre nada frívolo o inconsecuente, ha demostrado ser capaz, con la ayuda de su Dios, de dismantelar una falsedad que servía de tapadera para causar dolor a otros. ¡Qué ceguera la suya no percatarse de lo que ocultaba Samael con sus rituales! Si no fue capaz de captarlo desde el primer momento fue porque para ella toda esa parafernalia no significaba sino un objeto de estudio, una vía instrumental de estudio: observar cómo la mente puede abrazar creencias absurdas y destructivas.

Ahora, por fin, se han librado de ellos, gracias a la reacción de David en la última ceremonia; él vio enseguida la inmundicia que ocultaban Samael y sus compinches. Raquel está convencida de que pueden pasar página. Han salido indemnes y eso es lo que cuenta.

Hoy, cuando acabe de trabajar, se encontrará con David, que ha ido a recoger los últimos enseres al Obispado. Irán a dar un paseo y a cenar. Nada impedirá que emprendan el vuelo hacia una nueva vida.

Judit



Judit se levanta de la cama. Como cada sábado, la mañana está ya muy avanzada cuando decide empezar la jornada. La luz de un sol invernal, débil y pesimista, la acoge al entrar en el salón. Cierra la puerta del dormitorio y deja tras de sí los ronquidos de Rubén. A través de los cristales del balcón, se queda observando, aún algo adormilada, esa claridad gris, casi teatral, que envuelve el ambiente en la calle. Luego, ya con una taza grande de café en la mano, reflexiona sobre el email que tiene que escribir a Nora.

En ese momento, Rubén sale del dormitorio descalzo y despeinado. Balbucea un «buenos días» y se dirige hacia la cocina.

—¿Te parece que escriba a Nora para pedirle información sobre el caso del obispo? —le pregunta, al tiempo que intercepta el paso de él hacia la cafetera.

Rubén es de los que no pueden hacer dos cosas al mismo tiempo, y si empieza a prepararse el desayuno no va a escucharla como Dios manda.

—¡Claro! Ya te lo dije. Es una buena amiga ¿no? Por supuesto que va a ayudarte.

—Bueno... no sé. Va a ser difícil encontrar el enfoque adecuado esta vez; nada tiene que ver lo que voy a pedirle ahora con el tipo de asuntos que intercambiamos en los correos.

—No seas quisquillosa... el «no» ya lo tienes. Tendrás que concienciarla de que ahora tienes frente a ti una oportunidad profesional que quizá no se vuelva a presentar y, en parte, tu éxito puede depender, precisamente, de lo que Nora esté dispuesta a contarte.

Es obvio. Pero se trata de Nora. Es su amiga, seguramente su mejor amiga, aunque ahora, por circunstancias de la vida, no se hayan visto desde hace unos meses. La echa en falta y recuerda cómo es: capaz de mantener la mejor cara de póker mientras provoca las carcajadas en los demás, como si fuera una cómica profesional; rigurosa en su profesión; sarcástica donde las haya;

adorada y odiada a partes iguales por esos «demás»... Porque ya se sabe que el carisma ha sido siempre una cualidad absolutamente subjetiva.

Judit da el último sorbo a su café, deja tranquilo a Rubén, se sienta frente al ordenador y empieza a escribir.

De Judit

Asunto: El obispo

Sábado, 10:45

Hola, Nora:

Sé que hace demasiado que no nos vemos, pero con tan poca cosa que contar, no tenía ganas ni de escribirte. He pensado mucho en ti todo este tiempo, y ojalá que poco a poco la muerte de Mateo te vaya doliendo menos. Quiero que sepas que estoy a tu lado siempre. Y que tengo ganas de verte; echo de menos nuestras salidas de los jueves, a ver cuándo podemos recuperarlas.

Aquí en el periódico he estado casi un año relegada al departamento más soporífero de todos: el de obituarios. ¿Te acuerdas de los castillos en

el aire que llegué a construir cuando por fin pillé este curro? ¡El primero dentro del ámbito de mi carrera! Me pasé dos días de botellón, pero eso sí, con Rubén esta vez, en plan pareja superestable. Después de años de cajera malpagada, de reparadora de Amazon y de mi aventura en Florida (tú sabes lo mal que lo pasé aquella temporada), trabajar en la redacción de un periódico me pareció un regalo del cielo. Pero mi gozo no duró demasiado; me di cuenta enseguida de que necesitaba un milagro para ascender aquí dentro. Y, de pronto, parece que el milagro se ha hecho realidad: nuestro cronista de sucesos está en el hospital, con la Covid, y me han encargado una crónica sobre el asunto del momento: ni más ni menos que el del obispo asesinado. Y sé, por un pajarito, que tú eres la inspectora a cargo de la investigación.

Sabrás que a los de la prensa solo nos ha llegado la reseña escueta, que es la que ha salido hoy en todos los medios, pero ni el más nimio detalle. Y son precisamente los detalles los que hacen jugosas las noticias de este tipo. Además, en este caso, lo ocurrido es mucho más que una crónica. Es un novelón. Hay tema para rato. No sé si te

haces una idea del impacto que ha tenido, no solo entre la comunidad eclesial —que hasta el papa estará acojonado—, sino también en el entorno de los fieles católicos en general.

Si mi artículo gusta, podría convencer a mi jefa y publicar uno de fondo, en el semanal... ¡Mi sueño dorado! ¡No me digas que no me puedes ayudar! Se trata de que me proporciones la miga de la noticia, esos pormenores que no son del dominio público. Sé que es pedirte un favor de los gordos, pero mi futuro está en juego, Nora. Y, créeme, nunca, ni bajo la peor de las torturas medievales, revelaría la fuente de información. Por favor, dime que sí. Considera los treinta y pico años de amistad indestructible que llevamos auestas, ¡que somos uña y carne desde el primer año en el instituto, joder! Éramos la pareja inseparable, la más temible de la clase, en parte por tu mirada imperturbable y tu palmito, tan alta y morena. En cuanto a mí, ¿te acuerdas?; rubita, aparentemente dulce y frágil, pero con tan mala leche como tú.

Pues a lo que iba... Mañana puedo estar en tu comisaría antes de las doce para suplicarte el

pase o la autorización, o como lo llaméis, y que me permitas pisar la escena del crimen. Inténtalo, ¿vale?

Tu amiga incondicional.

De Nora

Asunto: Hola

Sábado, 12:24

Judit, me alegra mucho saber de ti y todo lo que me cuentas, de que estás trabajando por fin en aquello que te gusta. Te mereces eso y mucho más. Te ha costado años encauzarte, y todavía recuerdo incluso tu cambio de facultad, de Psicología a Periodismo, mi amiga la cabecita loca. Lo que importa en la vida es que las piezas de cada cual vayan encajando. Y las tuyas parece que lo están haciendo.

Sin embargo, lo que me pides es casi un imposible. Claro que quiero ayudarte, no lo dudes, pero revelar información sobre el crimen del obispo es peligroso, para mí y también para ti. Y fijate bien que no me refiero a la responsabilidad

penal de divulgar detalles de un delito que está bajo secreto de sumario. Hablo de peligro real y objetivo. Por supuesto que sé que no traicionarías tu palabra, pero estamos ante un asesinato que, si mi instinto no me engaña, arrastra mucha cola. Te debo mucho, Judit, me salvaste la vida después de la muerte de Mateo y estoy en deuda contigo, una deuda que no prescribirá jamás. Piensa, de todos modos, que todo lo que rodea al obispo, tanto en vida como en las circunstancias de su reciente muerte, es inquietante, y quien informe debe saber que esto no es el cotilleo escabroso, el entretenimiento de sobremesa de gente ociosa que se alimenta de la televisión y de sus programas repulsivos. Hay un riesgo real, incluso para mí. A partir de ahora, abro cuenta en un correo suizo, protonmail. Es el más seguro, a prueba de hackers y de fisgones. Si quieres que sigamos comunicándonos, tienes que abrir tú también una cuenta, registrarte. En cuanto lo hayas hecho, te escribiré.

La verdad es que estos días estoy muy desanimada, no sé si llegaré con salud a la jubilación porque empiezo a sentir odio hacia el género

humano. Hace apenas una semana que hemos finalizado la investigación sobre el asesinato de dos hermanos, una niña de cinco años y un niño de tres. ¿Puedes imaginar el horror sufrido por las dos criaturas? Sus padres los sometían a todo tipo de maltratos, por no decir torturas, que es el término más adecuado para describir el calvario que han vivido esos chiquillos. Descansen en paz. No quiero agobiarte con mis penas, pero que sepas que lo del obispo me parece, aunque sea arriesgado decirlo, un paseo relajante después de haber investigado la muerte a manos de sus padres de esos dos desdichados ángeles.

*Ahora me tengo que despedir.
Un achuchón.*

De Nora

Asunto: Correo desde protonmail

Sábado, 12:33

Caray, Judit, no has tardado ni diez minutos en registrarte. Hola de nuevo. Aquí estamos en

territorio seguro. Normas que debes cumplir: no guardes ninguno de mis correos, en cuanto los leas, borra y destruye tus notas sobre lo que te cuente. ¿Recuerdas aquella serie de 007, la del espía tontorrón? Pues eso, te comes el papel del mensaje. Cualquier información que te llegue desde esta cuenta, una vez leída, que desaparezca inmediatamente. En cuanto se publique tu primera crónica, deberás vigilar tu entorno; ni por un momento hables de que tu fuente es una «garganta profunda». Divaga, di que son comentarios que te han llegado de personas cercanas al entorno del obispo.

Para que vayas afilando el lápiz, lo primero que has de saber es que, junto al cadáver desangrado, con la espada del arcángel San Miguel clavada en el corazón, encontramos en la escena del crimen una hoja de papel de calidad, artesanal, muy propio de los usados en invitaciones de ringo rango, con la siguiente inscripción escrita con pluma en tinta roja: «Y si yo por Belcebú echo fuera a los demonios, ¿por quién los echan vuestros hijos? Ellos serán vuestros jueces».

Y debajo de la frasecita, un símbolo: el sello de Salomón utilizado en ceremonias esotéricas.

Judit, con esto y lo que puedas sacar de la mujer de la limpieza que se encarga de la sacristía y el altar, podrás ir tirando del hilo.

*Mañana te digo más,
ándate con cuidado, querida.*

De Judit

Asunto: Mi crónica

Sábado, 19:10

Nora, es terrible lo que me cuentas en el primer email sobre los pequeños asesinados por sus padres. Las cifras que manejamos en el periódico sobre esa lacra terrorífica que es el maltrato infantil, y la trata de menores, son aproximadas, por la propia naturaleza clandestina del negocio, pero se calcula que este mueve anualmente 24.000 millones de euros. Imagina. Los traficantes forman mafias y redes internacionales. Venden a niñas y niños para realizar los peores trabajos, cuando no para extracción de órganos o para matrimonios forzados, en el caso de niñas pequeñísimas. ¿Se puede acabar con esta lacra?

Deberíamos poder contestar que sí, y hacerlo de una puñetera vez, pero de momento incluso ha empeorado el problema durante estos últimos años.

En cuanto a lo del obispo, gracias por ese mínimo de información que has podido darme. Esta mañana he husmeado en el barrio de la diócesis y he podido dar con Irina, la señora de la limpieza. Está aún conmocionada, la pobre. Repite incansablemente que la víspera de los hechos el obispo estaba sano y salvo, por no decir salvísimo; se ve que había ido a recoger algo a la sacristía. A ella me la puedo imaginar al descubrir el cadáver, en pleno tembleque al pie del altar, llamando a la policía. Su descripción del escenario del crimen es de película. El cadáver del obispo, vestido con una casulla rosada y lleno de sangre, y la espada erecta, casi totalmente vertical, dorada, muy larga. A ella, amante de lo barroco como buena rusa, le pareció preciosa la empuñadura en forma de cruz, reluciente, con un medallón del arcángel en el centro y un montón de piedras de esas que imitan rubíes y esmeraldas. Me dijo también

que, tirado en el suelo y manchado de sangre, había uno de esos adornos de oro que el obispo muestra en la misa. Ya me dirás qué es ese adorno, a lo mejor habéis encontrado huellas en él, ¿no?

He hablado además con varios de los parroquianos, de la gente que conocía bien al obispo. Algunos eran fieles seguidores de sus extravagancias, estaban convencidos de que el hombre era un sabio, pero otros no lo veían con buenos ojos: demasiado excéntrico para los estándares de una ciudad de provincias. Hoy empiezan a hablar todos los periódicos de su empeño con las cuestiones demoníacas. Lo que en principio parecía un gesto en beneficio del bienestar general, de servicio al pueblo (o a la medicina, no lo sé muy bien), me refiero a cuando se convirtió en exorcista, por lo visto había derivado últimamente en aficiones que atufaban a ritual satánico.

Lo que he deducido, preguntando a toda esa gente, es algo que ya imaginaba: creo que han escandalizado más sus escauceos con el demonio que sus flirteos con las alumnas de los cursos que impartía. Bueno, que se las follara, hablando en

plata. Porque el asunto de lo que le atraían las mujeres jóvenes con las que se relacionaba está encima de la mesa, con contundencia. Me ha quedado claro que no tenéis ninguna pista del posible asesino. En mi crónica, la que me han encomendado y ahora mismo estoy terminando, mencionaré también el escrache del que había sido víctima. Supongo que estaréis indagando por ahí. La termino y te la adjunto, para que tú misma veas lo que escribo, antes de que sea publicado. Si tienes algo que objetar, dímelo enseguida porque me he comprometido a enviarla mañana a la redacción.

(Archivo adjunto)

EL OBISPO DE SANT CIPRIÀ, ÁNGEL O DEMONIO

El asesinato del obispo de Sant Ciprià ha conmocionado a la sociedad de todo el país. Dadas las circunstancias, ampliamente publicadas, sobre el arma homicida, en modo alguno puede

considerarse la posibilidad de un suicidio. No se conocen más detalles, salvo que fue la señora de la limpieza quien encontró el cadáver al pie del altar.

Controvertido donde los haya, David Rigalt tenía dividida a la población de su diócesis en dos: los que lo consideraban un verdadero arcángel, un enviado de Dios, y los que lo veían como todo lo contrario, un comisionado del mismísimo diablo. Fue una representación joven de estos últimos la que le aplicó un escra- che a la puerta de la iglesia donde oficiaba y la que propició que necesitara la protección de las fuerzas del orden en cada uno de sus desplazamientos. ¿Tendrá algo que ver este hecho con su asesinato? Se especula con esta pista en todos los medios, pero es una pregunta que no tiene aún respuesta.

No cabe duda de que sus declaraciones vacilantes y políticamente incorrectas contra la homosexualidad lo habían colocado en una posición muy difícil, sobre todo para el Vaticano. Ningún obispo, ni siquiera los ya nombrados cardenales, tiene autoridad sobre otro,

sino que cada uno depende directamente del papa, a quien estas cuestiones incomodan en gran manera.

Nuestro obispo era un deportista en su adolescencia, aficionado al baloncesto, y jugaba en la liga provincial juvenil. Empezó más tarde la carrera de aparejador, pero ya muy joven sintió la llamada a la labor pastoral y dejó los estudios en España para establecerse en Roma y acabar doctorándose allí en Teología. Después de su primer cargo eclesial, fue vicario y siguió ascendiendo hasta tomar posesión del Obispado de Sant Ciprià. Su meta era llegar a cardenal, y para ello se había trazado un camino muy preciso, que estaba siguiendo con firmeza y ambición.